



a oscuras

José Luis González Vera

Primera edición: mayo 2016
Diseño: Blanca Montalvo
Málaga

a oscuras

José Luis González Vera

A mi padre José Luis González Hidalgo

Bajo el foco

A Cristóbal G. Montilla

Cálmate de una vez y cierra el álbum
arroja a la basura ya esas películas
familiares y falsas.

Ni tú eres quien mira al fondo del espejo
ni la benevolencia del destino
se invoca en el pasado.

La ciudad se resume en rumor de campanas
y las calles descifran ingenuas su alborozo,
las jóvenes capturan el Terral
entre los contoneos de sus chanclas
y volcará la tarde esta luz rosa
sobre el veneno blanco del biquini.

Su código de risas
no exige como tú
contigo tantas traducciones.

Esta casa

A Virginia Aguilar

La casa esconde su memoria
que es la tuya.

No surge cuando el té con magdalenas
que en esta casa nadie bebe,
ni cuando a una luz, otra te encamina.

Como la llave huérfana o el pañuelo manchado de carmín
se oculta en los bolsillos, en sobres bajo sobres,
laboratorios donde trasiega su aguardiente,
que es el tuyo.

Esta casa ya sabe demasiado

Y se puede vengar si se siente ofendida.

No la defiende como exigen otros versos.

Soporta sin embargo mis amantes
diligentes conmigo, descuidadas con ella;
incluso que no limpie sus rincones
por donde desparramo en trozos esta vida,
igual a esos naipes servidos por las olas
entre las servilletas, tras los vasos...

Pondrá sobre el tablero la muerte su triunfo

y se volverá entonces esta casa

una clave sin cifra,

tan solo desperdicios.

Ceremonial

A Isabel Cantos

El telediario hoy avisó lluvia.
Limpio los ventanales
para que su reflejo aminore el disgusto
del barro presumible en el cristal.
Podé todas las plantas
y aseguré los toldos
como contribuyente previsor de cualquier contingencia.
La edad susurra trampas, y uno ya se anticipa
y corre de escenario en escenario
impermeable al río que lo mojó dos veces.
Los barruntos insisten sobre el cielo
algún “parece que”, algún “quizás” musitan los barómetros.
Preparo una liturgia de la nada.
En chándal, zapatillas, y un ron-cola sin cáliz
de los que se prescriben para insomnes.
Reviso las noticias, continúa el pronóstico,
incluso con detalles:
eficaz pero tenue como el dolor añejo.
El día se hace gris, arrecia.
Y aquí continuaré mañana,
idólatra de noticiario,
bajo la protección de estos ceremoniales
rumbo entre la zozobra.

Aquellas olas

Padilla, in memoriam

STTL

El azar queda lejos
y ya no nos incumbe.

La tarde confabula adjetivos que enhebran
tu nombre, José Antonio,
cuando aquella alegría.

El sentido del espacio

A la fotografía
de Blanca Montalvo

Cualquier calle demuestra este milagro
donde los laberintos confluyen y un anhelo
como el que concibió un ser o una galaxia.

Esa chica a la busca tras los escaparates
de un vestido compás entre deseo y noche
exige tantos nudos de fortuna
que daría lo mismo
bajar del autobús
ahora
en esta esquina
incluso en marcha,
o percibir el giro
de algún planeta
muerto,
sus eslabones de átomos,
su balance
de cifras inconclusas como estas
que resuelven
tu sombra
sobre el agua
a la par del silencio.

Caminamos confusos de infinito,
el equipaje presa del asombro,
y una ilusión que invoca cualquier nombre
por su vestido nuevo complacida
se sienta frente a mí en el bus de regreso,
y finge un equilibrio el escenario,
un conjuro aceptable de la nada.

La piel del sueño

A Francisco Ruiz Noguera

En el sueño mi piel a veces se despega
como mondas de carne,
basura resumida sobre un plato.

También me vuelvo estatua según las estaciones,
quietud de pesadilla que desteje el chillido
veloz de los vencejos
por un cuadrado azul
allí aún al fondo,
hacia el frío en los muros invernales
cuando una hoguera azuza la memoria.

Y desde el mineral mi piel resurge
y paseo ilusiones
donde la ley del óxido y el sol el tacto admite,
tal y como las manchas de carmín
dibujan un paréntesis nocturno
y quizás la mentira de algún sueño.

Velas

A la pintura
de Carlos Miranda

Con el mismo ritual de un sacerdote enciendo
las velas del salón.
No me visitan diosas, más que las que me buscan y yo busco entre sábanas.
No imploro la piedad que se intercambie
por estos fuegos mínimos
que nada a ningún dios ni diablo ofrecen.
Obtengo la paz simple de las cosas sencillas
y rompo la sentencia que me conduce a ver mi casa oscura,
su alrededor vacío
y la memoria, albergue del desánimo.

Escenarios

A las acuarelas
de Susana Márquez

Alguna vez conviene
el viaje por aquellos escenarios
donde el triunfo, jurabas, regaría
cuadraturas de círculo a tu antojo.

Aquellas rutas sobre un planisferio
por la imaginación del niño destinado
al negocio de lujos,
nubes de Bora Bora en escabeche
confitura de blancos esquimales,
mi mundo con monedas sin efigie,
mi herencia cualquier día.

Y ahora ruge este taxi que te aleja
de donde pretendiste tu refugio
cuando los sueños eran fruta dulce en el árbol
ante ti, gobernante de aquel mapa ilusorio,
hoy por la realidad prendido,
pez dócil al anzuelo.

Alguna vez conviene
que comprendas tu rastro en esta casa a oscuras,
su rumbo corregido
y tú tras los cristales
y esa alameda en flor al fondo.

Esta tarde

A los diseños
de Juan Santos

La tarde se refugia en la cresta cobriza
que el añil le permite.

Agradezco su luz,
paz naranja por páginas en blanco,
y su aviso.

Me perdí la visión de este fenómeno
apenas trascendente que me esboza
solo bajo la tarde.

Vigilia

A Vicente Luis Mora

Por los pasillos de esta casa a oscuras.
Junto al sofá esclarecen las farolas
apenas pulsaciones del recuerdo.
Síntomas diminutos.
Oigo cuándo respira,
ritmo de cafetera rebosante.
La calma me conduce
de nuevo a los pasillos.
Los susurros que doblan sus esquinas,
sus tildes en volutas.
Jugábamos, tejíamos carreras
ante las vejaciones de las horas.
Perdón fueron los meses
cedidos con la usura
de quien sabe tu ruina y que serás
por nada pertenencia.
Sin embargo el dolor es generoso
igual que la luz sobre la planicie.

Y aquí aguardo desnudo,
de fe cualquiera apóstata,
regente de un ajuar tejido con jirones.
Estoy con estas armas que manejo,
una copa y mi insomnio entrelazados,
ese dandi a quien nunca pillarás en descuido.

Un rictus de soberbia
inútil y a la vez inevitable.

Viaje

A Enrique Baena

Hay tardes que ventilan esta casa.

Aquella, por ejemplo, camino de Madrid,
turbios por los trastornos judiciales.

El río bajo la autopista
y sobre su corriente tus traspíés,
agarrada a tu empeño mucho más que a mi brazo.

¿Recuerdas, madre, cuánta masedumbre?
La luz entre los árboles, las truchas en la poza,
y el rumor de agua y piedra
tu niñez dibujaban como de paraíso.

Y así testificaron tus recuerdos.

Tras el cerco los galgos en busca de caricias
y tal vez
algún alias igual al de los tuyos.

Mientras sueñen conmigo no se borran
los nombres de mis muertos.

Aquel aire entre hojas aún silba.
Hoy tras estas ventanas
espero sus rumores
más allá del bullicio del tráfico y los juegos
que cubren los paraísos infantiles.

El sol aborda ciertas tardes
mi mundo congelado.

El nadador

A las acuarelas
de Blanca Montalvo

Sin épica llegaba al mar de tarde.
Sobre la orilla escueto patrimonio,
las lentes que desbrozan el mundo incomprensible,
su credencial, testigo de una existencia en orden.
Aguardaba al ocaso,
y al instante los vientos
cumplían su propósito.

En su concordia,
sintió el frío del agua vagabunda
los peces de la noche,
los desechos humanos.

Tras su marca invisible,
un vértigo lo retenía
sobre su inconsistencia.

Como un reloj de nubes, cada tarde
dibuja mi metáfora, un refugio.

Aire muerto

A Rosa Romojaro

Desde la calle miro las ventanas.

Intuyo su quietud tras las cortinas,
sabe esperar, me espera y me recibe
con un calor de sombras.

Conoce su derecho de costumbre,
la estabilidad en esta casa.

Yace en las recurrentes historias hogareñas,
tras postales ocultas
por su caligrafía con borrones.

Se conforta
sobre el exiguo espacio entre las fotos
y esa porción de tiempo
que el tiempo les permite
al fondo de alacenas clandestinas.

Favorece esta noche de lámparas sin luces
cuando nadie te busca ya por los dormitorios
a los que descendiste
como un pez en su acuario de aire muerto.

Día a día vigilo las ventanas.
Más allá del rumor por las aceras,
me recibe
desde sus veladuras.

Making of

A Francisco Cumpián

Estas fotos se visten de alfileres
donde hielo mi risa,
manufacturan esa oscuridad
tras la ventana desde la que te contemplas
ante un álbum de horas.

Irradia toda luz
en su caducidad heridas
a quien entre sus manos
la capture un instante.

fin

José Luis González Vera